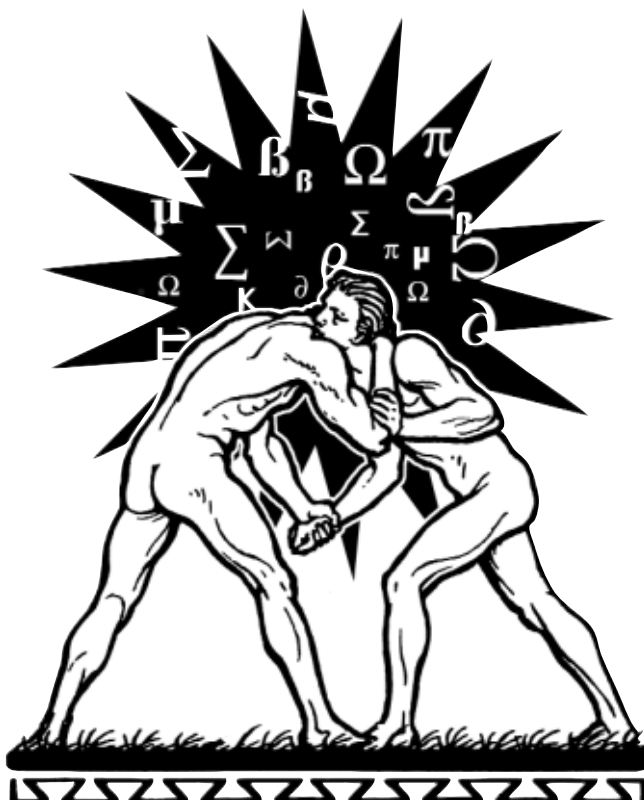


Perlas cultivadas.

LAS DESVENTURAS DE LA CRÍTICA LITERARIA a través de los tiempos

[Fermín Cabal]



«No hay tal joya en el hombre como el buen juicio», decía Juan de Valdés y a fe mía que estoy de acuerdo. Piedra preciosa, que escasea en este mundo malparido, tendría que haber más, mucho más de este juicio esquivo que de nosotros se burla. Pues estoy seguro que la mayoría de las veces, el sujeto trata de ser discreto, agudo, incluso amable o por lo menos educado. Y sin embargo, ahí está la historia de la literatura para demostrar como ese juicio, el crítico, desbarra, desparrama y se espatarra poniéndose en evidencia, como esas damas egregias que tropiezan en las escaleras de las grandes recepciones, mostrando su ropa interior a los cinco continentes a través de los informativos de la tele.

Pero no quiero ser crítico con los críticos. Además, me parece injusto que sus acusadores más severos les caigan encima con argumentos que no vienen al caso. Me refiero a quienes les tachan de parásitos (dizque viven a costa de la sangre de quienes hacen el arte, etc), de interesados (esto me hace gracia, pues debe haber pocos esfuerzos tan mal retribuidos), de amiguistas (Epicuro decía que no en otra cosa se ocupa el virtuoso, más que en conservar la

amistad), etc. Y el peor, el que de verdad me parece monstruoso es ese argumento manido que proclama que en todo crítico hay un escritor frustrado.

Cierto es que no faltan esos casos, y que algunos son sonados. El decano de esta especie es nada menos que el gran Platón. Después de presentarse a varios concursos en Atenas, y salir escaldado, se ve que el pobre desarrolló una aversión a los poetas que le condujo finalmente a excluir-

La profecía es el género favorito de la crítica, que suele manejarlo profusamente, y allí alcanza las cotas más altas del ridículo, para satisfacción de sus víctimas.

les de su república ideal. En realidad, tenía que haber expulsado al público, y muy concretamente, al público que le había rechazado, pero debió pensar que muerto el perro se acabó la rabia, y cortó por lo sano.

La verdad es que Platón tampoco dice que haya que acabar con los poetas, es más, lo que propone es una especie de subvención, a modo de beca de viaje, para el caso de que un desaprensivo apareciera con la pretensión de recitar sus poemas y despistar a los ciudadanos apartándoles de sus obligaciones: «le rendiríamos homenaje como a un ser sagrado, maravilloso y encantador, pero le diríamos también que ni había ni podía haber hombres como él en nuestro Estado, por lo que le enviaríamos a otro, luego de haber ungido su cabeza con perfumes y de haberle ceñido las sienes con cintas sagradas.»

Como se ve, no es para tanto. Cosas mucho peores le harían algunos literatos a muchos de sus colegas. Pero está visto que los críticos tienen mala prensa y a todo lo que dicen y hacen se le saca punta.

Yo creo que a los críticos lo único que se les puede exigir es que hagan bien su oficio. Y esto no es nada fácil, pues los infelices viven de la opinión, y la opinión es veleidosa por naturaleza. Somos seres mudables, día a día nos modificamos sin darnos cuenta. Cambian nuestros gustos, cambian los de las personas que nos rodean, y cuando nos queremos dar cuenta somos otros, y lo que ayer decíamos, hoy nos da vergüenza. Por eso la crítica, a menudo hace el ridículo, y los escritores que la hemos sufrido encontramos mucho placer en burlarnos de sus despropósitos cuando los pillamos en sazón.

Ni los más grandes escritores se han salvado de los zarpazos de la crítica. Sydney se burlaba de los dramaturgos de la corte isabelina, que mezclaban «torpemente» los géneros: «Ocurre que (...) en las partes cómicas de nuestra tragedia no tenemos sino chanzas groseras, indignas de un oído educado, o extremosas necedades, buenas solamente para levantar una risotada, y no más». Y el principal blanco de sus críticas era un actorzuelo descarado que escribía disparatadas historias para los comediantes profesionales, un tal Shakespeare. Claro, que no era el único en opinar de ese

modo. Samuel Pepys escribe en su diario en 1662: «Allí vi *Romeo y Julieta*. Era la primera vez que se representaba. La obra es, en sí misma, lo peor que he visto en mi vida, y además la peor actuación que he visto de esos actores». Curiosamente, esa impresión no le impide reincidir, y días después acude a ver *El sueño de una noche de verano*: «La obra más insípida y ridícula que he visto en mi vida».

Los autores reaccionan a estas investivas enfadándose, insultando, escribiendo manifiestos, llegando incluso a las manos, pero también adoptando la actitud del cínico desdeñoso que se encuentra por encima de todo. Quizá fuera Lope de Vega, que sufrió a menudo los ataques de los eruditos de su época, el primero en adoptar esa pose. En *El arte nuevo de hacer comedias* parece aceptar las observaciones de sus oponentes, reconociendo la imperfección de sus comedias, para darle la vuelta socarronamente: «pues si lo paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto».

Pero, ¿podemos decir que las opiniones de Lope en materia literaria eran más atinadas que las de sus adversarios? ¿Fue él en sus juicios más generoso, más profundo, más certero? Para muestra véase lo que pensaba de *El Quijote*: «De poetas, no digo: buen siglo es éste. Muchos en ciernes para el año que viene pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quijote». O esta otra perla, esta vez con metro y rima, en la que se lanza a la mayor osadía (bien frecuente, por otra parte) que puede alcanzar un crítico: la profecía. Y ahí es nada: «Y ese tu Don Quijote baladí / De culo en culo por el mundo va / Vendiendo especias y azafrán romí / Y al fin en muladares parará».

La profecía es el género favorito de la crítica, que suele manejarlo profusamente, y allí alcanza las cotas más altas del ridículo, para satisfacción de sus víctimas. Algunos casos se han hecho célebres por su ofuscación. Nada menos que Emilio Zola nos comunica con toda su autoridad (que la tiene, lo cual me produce algún escalofrío), a propósito de *Las flores del mal*: «Dentro de cien años los libros de historia de la literatura francesa, solo mencionarán esta obra como una curiosidad». Tampoco se salva Balzac, que para Eugene Poitou. «muestra poca imaginación en la ficción, al

crear los personajes y la trama y al describir la pasión. El lugar de H. de Balzac en la literatura francesa nunca será importante ni encumbrado». En Inglaterra las cosas no son más amables. Véase lo que opina el crítico del *Manchester Guardian* (1902) sobre *Juventud* y *El corazón de las tinieblas* de Conrad: «Sería inútil pretender que pudieran alcanzar amplia difusión». En esta misma línea tampoco está mal la de James Lorimer, en el momento de la aparición de una novelilla de la hermana de Charlotte Bronte, una tal Emily: «He aquí, mil veces aumentados, todos los defectos de *Jane Eyre* y, pensándolo bien, sólo nos queda el consuelo de que nunca alcanzará amplia difusión». Las mujeres escritoras no suelen tener buena crítica y a veces son vapuleadas sin compasión. Un tal T.B. Aldrich escribe a propósito de Emily Dickinson en la *Atlantic Monthly*, en 1892: «Una reclusa semicultivada, soñadora y excéntrica, en un pueblo perdido de Nueva Inglaterra —o en cualquier otro sitio— no puede impunemente desafiar las leyes de la gravedad y de la gramática... Como única vecindad tendrá el olvido».

Podríamos seguir un buen rato con estos despropósitos hilarantes, pero el espacio me impide extenderme mucho más. Recomendando al que quiera refocilarse en el asunto la lectura del libro *El ojo crítico*, de Constantino Bertolo, de donde he sacado la mayoría de estas referencias. Pero no resisto a repetir algunas geniales, como esta de la *Children's Review* que reseña una obrita titulada *Alicia en el País de la Maravillas*: «Nos imaginamos que cualquier niño de verdad quedará más desconcertado que encantado con esta tensa y agotadora historia». El crítico del *The London Critic* afirma, después de leer *Hojas de Hierba*: «Whitman conoce tanto el arte como un cerdo las matemáticas». Otro anónimo profeta escribe en la *Saturday Review* londinense, en 1858: «No creemos que su reputación sea duradera... Dentro de cincuenta años (...) nuestros hijos se extrañarán de los motivos por los que sus antepasados colocaron a Dickens a la cabeza de los novelistas de su época.» *El Correo de Odessa* juzga así *Ana Karenina*: «Basura sentimental... Muestrenme una sola página que contenga una idea». Y más recientemente, el *New York Herald Tribune* asegura: «Lo que nunca ha estado

vivo difícilmente puede seguir viviendo. Simplemente un libro de temporada». Está hablando de *El gran Gatsby*.

Por supuesto, prejuicios de todo tipo asoman detrás de estas aseveraciones categóricas. Prejuicios y un alto concepto de la propia inteligencia, desgraciadamente muchas veces poco justificado. Y como en materia de prejuicios los religiosos siempre se han llevado la palma, también aquí se encuentran perlas valiosísimas. Por ejemplo, esta crítica que aparece en *Cuadernos Hispanoamericanos* a propósito de *La colmena*: «Al primer tercio se tienen ya ciertas seguridades acerca del método de Camilo José Cela, y de las tintas que maneja para su versión del hombre. El método es el más antiguo, el que recoge acciones externas y palabras; las tintas son pocas y violentas, algo así como un verde montado sobre blanco y negro. Y digo verde por la especial simbología de ese color, no en su versión poética —esperanza— sino vulgar —sexo—. El motor común a estos ciento sesenta personajes es fundamentalmente el sexo, y —pido perdón al lector por la irremediable utilización de la voz directa— un coito, realizado o frustrado, el clímax de sus vidas». Firma la columna Gonzalo Torrente Ballester, que hace temblar en su sillón al mismísimo Menéndez y Pelayo, que juzga así *La lozana andaluza*: «Libro inmundo y feo, de valor nulo, sin ninguna influencia en las letras españolas e italianas». Como se ve, el sexo suscita temores, irritaciones, desprecios, y no sólo en nuestra bendita España. *Le Figaro* felicita así, en 1857, al autor con motivo de la aparición de *Madame Bovary*: «Monsieur Flaubert no es un escritor». O esta de Sir John Hawkins sobre el *Tom Jones* de Fielding: «Un libro cuya intención aparente es socavar los cimientos de una moral que los padres y todos los educadores están obligados a inculcar en la mente de los jóvenes». Samuel Jonson es más parco: «Apenas conozco una obra más corrupta».

También la política ha distorsionado la visión de muchos críticos, más preocupados por defender banderías y abanderados, que por juzgar objetivamente las obras. La crítica reaccionaria ha sido siempre abundante en despropósitos, pero en la izquierda no han faltado tampoco los inquisidores. Quizá el más célebre en esos pagos haya sido Georg Lukács, que escribe cosas

La política ha distorsionado la visión de muchos críticos, más preocupados por defender banderías y abanderados, que por juzgar objetivamente las obras.

Los escritores no
mejorarían las
prestaciones de los
críticos profesionales.

como esta: «El caos es la consecuencia ideológica de la angustia... (Esta) es propiamente el producto de una evolución social: el efecto de la estructura social forjada por el imperialismo sobre un determinado estrato de la intelectualidad burguesa. El rechazo explícito o tácito del socialismo como perspectiva significa el cerrar las puertas o el dejar caer una cortina ante todo porvenir». Y como ejemplo de una obra que traduce esta problemática propone a *Esperando a Godot*.

Es curioso que Beckett haya sido siempre blanco de las iras de la crítica más conservadora, tanto de izquierda como de derecha. En España fue muy celebrada la intervención de Alfredo Marquerie, el crítico más influyente en ese momento, que con ese afán profético mencionado vaticinó que la obra sería flor de un día. Todos nos hemos reído mucho comentando este patinazo, pero me parece que vale la pena recordar la argumentación sobre la que se basaba ese juicio, desvelada en su obra, *El teatro que yo he visto*: «Los principales responsables del lanzamiento del llamado teatro de vanguardia en nuestra contemporaneidad fueron un rumano llamado Ionesco y un inglés, Beckett, que desde París, gran centro universal de engañabobos, irradiaron al mundo de los papanatas y de los *snoobs* sus primeras piezas, una titulada *La lección* y otra *Esperando a Godot*, a las que siguieron muchas más, ideadas, aviesa y avispadamente con el mismo truco e idéntica receta, hasta conseguir gran número de adeptos e imitadores... La fórmula Ionesco y la fórmula Beckett son muy sencillas. Consisten en situar en escena unos personajes medio locos y medio tontos, que se expresan en un lenguaje ininteligible, y que en los diálogos lanzan respuestas sin concordancia gramatical ni lógica en las preguntas».

Que Dios me perdone, pero yo echo de menos este tipo de arrebatos. Yo creo que Marquerie entendía perfectamente lo que estaba pasando, los canales imposibles de cegar a través de los que el lodazal nos inundaba, y la actitud mimética y bobalicona de muchos de los partidarios de lo que denostaba. Todo ello le molestaba y se atrevía a decirlo a gritos. Y al decirlo, ejercía a

su pesar la mejor función de un crítico: la aceleración del discurso renovador: Marquerie bramaba y los jóvenes tomaban nota: hay que leer a ese Beckett.

Yo creo que los críticos tienen derecho a escribir sus cosas y la gente tiene el derecho de leerles o no leerles, y de refutarles, aún sin haberles leído. Porque si de verdad son influyentes, influirán a casi todos a través de terceros. Así funciona siempre la opinión consolidada: está fuera de toda duda, hasta que se demuestra lo contrario.

Y puestos ya a meter la pata terminaré diciendo que tampoco creo que los escritores (los de verdad, los no frustrados, je, je, je...) fueran a hacerlo mejor. Más bien lo contrario. Si entre los críticos hay envidias y rencores, tampoco faltan entre los escritores. Los juicios de estos son tan apuestos como los de aquellos. ¿Unas muestras? Ya he citado a Lope, pero hay más, mucho más. Voltaire consideraba *Hamlet* como «la pieza de un salvaje borracho». Byron consideraba que Shakespeare «no tenía imaginación en absoluto». Shaw pensaba que *Otelo* «era un melodrama»... Claro que donde las dan las toman y de Shaw ha escrito Bertrand Russell que «en conjunto es más un calavera que un genio». Baroja pensaba de Unamuno que «era un aldeano recién salido del terruño». Ortega y Gasset aseguraba que Paul Valéry era «una mente pobre». Juan Valera creía que Quevedo tenía un gusto «malditísimamente deplorable». Y Menéndez Pelayo aseguraba que Galdós no solo era «herético y torcido» sino también «feo y antiestético». Núñez de Arce se burlaba de las *Rimas* de Bécquer: «suspirillos germánicos», y Clarín despreciaba a Alarcón y Pereda: «espíritus vulgares». Claro que él, que además ejercía la crítica con la vara en la mano, no salía mejor parado. Max Aub aseguraba que «se ensañaba con los segundones, pasando como ascuas sobre los defectos de los poderosos». En fin, que los escritores no mejorarían las prestaciones de los críticos profesionales. Y además, si hubiera que recurrir a ellos para obtener ese esquivo juicio que a veces, para algunos, parece necesario, todos saldríamos perdiendo amistades y el mundo sería aún más oscuro. ¿No lo es ya bastante?■